

—Os lo diré sin cólera y sin desprecio. Ese caso, Luís, sería aquel en que yo os hubiera alentado á hacerme la corte siquiera por... ¿por cuánto diré? por cinco minutos... ¿Es mucho?

—Muy cruel sois conmigo, señora, y lo merezco. ¡No! no me habéis alentado ni un momento, lo sé; no me habéis dirigido ni una mirada, ni una expresión que pudiera autorizarme á esperar...

—Á no ser que hayáis tomado por pruebas de mi amor ó por señales de mi liviandad, las atenciones y desvelos de una amistad inocente, de un aprecio muy sincero... Muchas veces he oído decir que las mujeres antes de llegar á cincuenta años, no tienen derecho para ser como yo, que la franqueza no les sirve para nada... así lo ví en efecto haciendo la experiencia, ¿pero con quién? con necios ó con malvados. Yo os tomaba por hombre capaz de juzgarme.

—Señora, señora, injusta sois por vida mía. Me habéis preguntado en tono de autoridad; me habéis arrancado mi secreto... «Si estás enamorado, lo estás de mí.»

—Vuestra culpa, Luís, no consiste en decírmelo, sino en estarlo.

—¿Y pensáis que eso depende de mi voluntad?

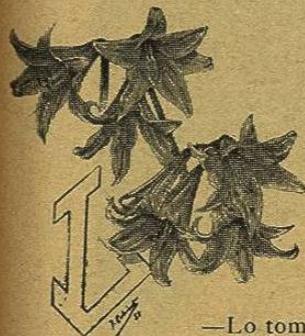
—¡Tal vez! ¡Si yo fuera hombre, sería amigo de Quintilia, la comprendería, la adivinaría y acaso la estimaría!

—¡Pues bien! dejadme que os comprenda, señora—exclamó el jóven hincándose de rodillas sin acercarse á ella, y aún podrá ser vuestro amigo y también vuestro vasallo.

—Señor conde—dijo la princesa poniéndose en pie—yo no tengo que dar cuentas á nadie: mucho tiempo há que aprendí á despreciar la opinión de los hombres. ¿No habéis leído la divisa de mis armas, *Dios es mi juez?*

Salió de la estancia, dichas estas palabras, y Saint-Julien, sin ser poderoso á levantarse, quedó como herido del rayo.

## IX



UEGO que volvió en sí de su primera consternación, triste, desesperado, se cubrió el rostro con las manos, y empezó á llorar como un niño.

—Lo tomas con demasiado calor—le dijo el inalterable Galeotto, que acababa de entrar sin que él le viera:—ya te traigo mejores noticias. Su Alteza te prohíbe salir de palacio, y te manda que vayas á hablarla á su cuarto mañana, después del baile.

—¡Cómo!—exclamó Saint-Julien.—¿Te ha dicho?...

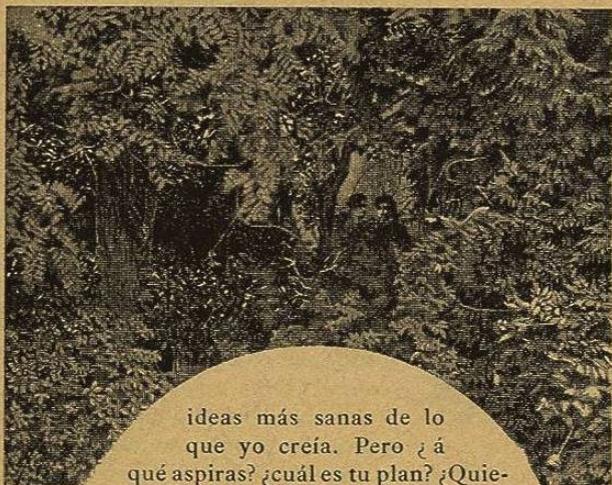
—Lo mismo que te lo estoy contando; pero me parece que basta para adivinar todo lo que ha pasado. ¿Con que, en fin, aventuraste tu declaración? No me parece mal... ¡quién sabe! puede que tu buena fe te aproveche más que á otros su industria... ¿Por qué me miras con esos ojos espantados?... ¿Su Alteza se amoscó seriamente, eh?... Mejor es eso que la sorna del desprecio. Cuando volvió al baile tenía un aire tan sombrío que, á pesar de que al instante empezó á bailar con el duque de Gurck, bien se conocía...

Saint-Julien no le escuchaba; cogióle del brazo Galeotto, y se lo llevó á los jardines.

—Escucha—le dijo—soy tu amigo, y quiero favorecerte. ¿Estás realmente enamorado?

—¿Yo?—dijo el conde, tanto por altivez como por delirio— ¡no por cierto! ¿Cómo se puede amar á una mujer á quien no se conoce?

—¡Bravo! Me gusta oírte hablar así: eso prueba que tienes



ideas más sanas de lo que yo creía. Pero ¿á qué aspiras? ¿cuál es tu plan? ¿Quieres ser el amante de la princesa?

Hizo Saint-Julien un ademán de horror que Galeotto no vió.

—¿Quieres—prosiguió—reinar sobre este reducido imperio, mandar á esos pequeños grandes señores? Poco es, pero al fin más es que nada, y para un bachiller hidalguillo no me parece mal por algún tiempo; pero cuenta que hay diez probabilidades contra una de que no reinarás aquí sobre nada, ni sobre nadie. Se puede agrandar, pero gobernar, no; con esa mujer no hay que esperar más que ser su amante, es decir, su muy atento y seguro servidor; mira ahora si quieres consagrar tantos afanes y desvelos á ese resultado, en el que tantos otros te han precedido, en el que tantos otros te sucederán.

Este discurso enfrió de tal modo la imaginación del pobre secretario, que se sintió capaz de hablar en el mismo lenguaje que Galeotto.

—Antes de responderte—le dijo—es preciso que lo medite,

y para ello necesito estar en más antecedentes: ¿puedes y quieres dárme los?

—Sí, porque te compadezco, y si me vendes algún día, en mi mano está el desquite: poseo tu secreto.

—¡Pues bien! Cuéntame la vida y milagros de madama de Cavalcanti.

—Eso es mucho pedir.

—¿No quieres?

—No puedo, porque nada sé, ni nadie aquí sabe nada, como no sea la Ginetta, y aun eso lo dudo. Te diré, pues, todo lo que sé, y no seré muy difuso; te diré lo que presumo, y seré muy lógico. A los doce años la casaron por poderes y enviudó sin haber visto nunca á su marido, por fortuna, pues era viejo, feo y tonto. El encargado de desposarse con la princesa se llamaba Max, ni más ni menos, y era bastardo de no sé qué reyuelo de Alemania. Tenía doce años como la princesa, y diz que fué una ceremonia muy graciosa la de su boda; los dos chiquillos estaban, según cuenta enfáticamente el abate Scipione, atestados de insignias de todos países, de diamantes y de bordados; graves como retratos de familia, hermosos como ángeles, si hemos de creer á mistress White. Al salir de la iglesia se pusieron á jugar á las muñecas, y estuvieron comiendo confites durante todo el baile. No sé de resultas de qué convenios diplomáticos pasó el bastardo Max tres años en la corte de los Cavalcanti; lo cierto es que al cabo de este tiempo fué desterrado con *furore* por los parientes de la princesa; mas ésta, luego que se vió viuda y huérfana...

—Levantó el destierro á Max—dijo Luis.

—Ni por asomo; le echó en olvido, y se enamoricó de no sé cuál de sus pajes; luego... ¿qué sé yo? ¿á quién dejó ella de amar?

Calló Galeotto por un momento, y luego añadió:

—¿Crees tú que haya amado jamás á alguno?

—Yo he de volverme loco—dijo Saint-Julien—ó por mejor decir, ya lo estoy, porque me parece que todos lo están. ¿Qué debo pensar de tí, Galeotto? ¿Te propones insultarme? ¿Quieres bairte conmigo? ¡Habla!

—Tú chocheas; pues ¿qué te he dicho? Lo único que podía decirte. ¿Crees tú que, á excepción de la Ginetta, hay aquí

quien pueda informarte mejor que yo? Haz la prueba, pregunta, mira por las rendijas, y si algo averiguas ven á contármelo, porque yo también soy curiosillo, y quisiera saber lo que pasa; pero puedo asegurarte que por más que olfateo, nada saco en limpio. Aquí nadie habla, por la sencillísima razón de que nadie piensa; nadie sabe si es la más austera ó la más perversa de las criaturas, y probablemente nunca lo sabremos. Semejantes mujeres deberían llevar en la frente un cero para indicar que no pertenecen á la especie humana, y que es preciso tratarlas como abstracciones.

—¿Pero por qué?—exclamó Luis—¿por qué?

—Porque nada dicen, nada hacen, nada piensan y nada sienten como las demás mujeres; son naturalezas misteriosas, inteligencias depravadas, palabras enigmáticas, cuerdas flojas que no tienen tono alguno perceptible al oído, arabescos diabólicos, países como los que aplica la escarcha á los vidrios; en ellos se ve de todo y no hay nada. Ni son mujeres, ni son hombres, ni tienen edad, ni carácter, ni sexo...

—Mucho aborreces á esa mujer—dijo Luis.

—No puedo aborrecerla ni amarla; para mí no existe: es una cosa y no una persona; una cosa rara, curiosa, entretenida á veces... Me inclino ante su corona, pero su cabeza no vale ni para gobernar una escuela de niñas.

—Pues yo creo que te engañas, yo creo que podría mandar un ejército. Seguramente le falta todo lo que yo buscaría en una mujer, pero tiene lo que admiro en un hombre: acaso es capaz de heroísmo... pero ¿qué nos importa á nosotros que no somos reyes ni generales?... En fin, dejemos esto á un lado; cuéntame todo lo que sabes.

—¿El resto de la historia de Max?

—¿Qué historia es esa?

—Es, como todo lo que sé, un rumor misterioso, una sospecha vaga, y... aquí paz y después gloria.

—¡Pero en fin!...

—Tengo entendido, amigo mío, que su desgracia fué un poco más seria que la de Luciolí... pero mira, dejemos lo que me falta para mañana, y entre tanto unamos nuestros esfuerzos y démonos la mano.

—¿Contra quién?

—Contra la hipocresía mujeril—respondió Galeotto;—jura

que me dirás todo lo que te suceda, y yo juro decirte todo lo que averigüe.

Saint-Julien, agotadas ya todas sus conjeturas, aturdido de tanta charla y no sabiendo ya á qué santo encomendarse, juró todo lo que quiso Galeotto y volvió á los salones del baile.



## X

tuvo cuidado de no presentarse á la princesa y se contentó con rondar alrededor de la sala en que ella estaba, ya mirándola valsar por entre las guirnaldas entretrejidás en las columnas, ya internándose por las galerías, en que empezaban á apagarse las luces, siguiendo á algunos grupos misteriosos que se ocupaban al parecer en asuntos más graves que la música y el baile. Saint-Julien, transformado voluntariamente en espía, estaba triste y desazonado; aquella era la primera vez que quería llegar al conocimiento de la verdad por medios que su conciencia desaprobaba, pero hallaba al mismo tiempo cierto placer en la punzante agitación de la curiosidad.

Sentíase algo ofendido de haber sido tratado como un chiquillo, de haber vivido seis meses encerrado en un rincón de palacio donde acaso él solo ignoraba lo que tanto interés tenía en descubrir; creía á la sazón llevar á cabo una legítima venganza, creía casi cumplir un deber consigo mismo destruyendo, con todas las fuerzas de su alma, convicciones que le habían hecho feliz, porque tal vez le habían engañado. Poseía

Saint-Julien en grado heroico aquel egoísmo brutal que todos tenemos en nuestras relaciones con las mujeres; no queremos estimarlas sino en cuanto la sociedad las estima y nos avergonzaríamos de ser los únicos en hacerlas justicia. En él sobre todo la desconfianza, peculiar de los caracteres tímidos, y aquel orgullo casi monástico que es como un reverso de medalla en los hombres austeros, daban nueva energía á su resolución. Sombrio, avergonzado, palpitante, creía salir de un sueño y miraba como otras tantas cosas nuevas todas las que veía; no podía oír al paso una palabra insignificante sin buscar en ella un sentido profundo y una luz desconocida. En todos los semblantes que le miraban, creía traslucir una expresión de sarcasmo ó de desprecio, y preciso era que estuviese muy obcecado porque difícilmente podía hallarse cosa más compasada, prudente y grave que aquella corte imbuida en sólidos principios de obediencia pasiva y penetrada de las ventajas positivas de su dependencia. Convencido Saint-Julien de que nada sacaría de todas aquellas serviles criaturas, púsose á observar de cerca á los extranjeros que, si bien no se mostraban menos comedidos en presencia de la princesa, podían muy bien, como vasallos de otros amos, atreverse á formar *in petto* una oposición cualquiera acerca de madama de Cavalcanti.

Había observado Luis, desde el principio del baile, las rendidas atenciones del duque de Gurck, joven y amable carintio, recién llegado á palacio y en obsequio del cual, así se susurraba al menos, se había dispuesto aquel magnífico sarao. Observó después que la privanza del duque decaía notablemente y que en el fúlgido círculo en que, como un sol radiante, arrastraba Quintilia á sus dóciles planetas, el arte del gallardo conde de Steinach brillaba con más vivo esplendor, á medida que la pálida estrella del duque iba alejándose del centro de atracción, como un mundo abandonado del celeste foco de luz y vida. En una palabra, el conde de Steinach había entrado en la órbita de Mercurio, y el duque de Gurck completaba penosamente la larga y fría rotación de Saturno.

Vió Saint-Julien que hacía el duque una seña á Shrab, su consejero privado, y un momento después, esquivándose cada cual por distinto lado, ambos habían desaparecido del salón.

Siguió Luís con cautela á Gurck, y le vió reunirse con su compañero junto al estanque principal, donde protegido por la sombría arboleda del parque, oyó la conversación de los dos austriacos.

—Pues señor—dijo Shrabb—pareceme que ya hemos despachado nuestra comisión y que Steinach gana el pleito.

—Yo podría perder toda esperanza como vos—dijo el duque algo picado—si sólo me interesasen en este mundo los



proyectos de nuestro soberano; pero trátase para mí de una ambición más personal. La princesa es hermosísima...

—¡Comprendo!—interrumpió Shrabb...—Pero, ¿y si se propone no hacer caso de Steinach ni de vucencia?

—Siempre nos queda un medio—replicó Gurck—y es el de reclamar *el hombre anonadado*.

—Pero dirá que ella no tiene que darnos cuenta ninguna, que no sabe qué ha sido de él...

—Yo la intimaré en nombre de mi soberano que presente la persona de Max ó las pruebas de su muerte...

—Pero en fin, eso sería una exigencia absurda y ridícula; ella responderá que...

Llevóse en esto la voz de Shrabb una fuerte bocanada de viento que pasó por junto al estanque, y como los dos interlocutores se iban alejando de Saint-Julien, no oyó éste más que el siguiente retazo de una frase de Gurck comenzada con energía...

—Trescientos infantes que sobrarán para...

Llegaron de esta suerte á un sitio iluminado por la luna, y

no atreviéndose á seguirlos Saint-Julien, tomó el partido de volver al baile; pero al subir la escalera principal se encontró con Galeotto que le andaba buscando. Llévóle éste al fondo de la galería donde le dijo con aire triunfante:

—¡Estupendo! Acabo de descubrir un secreto de estado...

—Y yo—dijo Luís—acabo de entrever un misterio de iniquidad.

—¡Oh! ¡oh!—repuso Galeotto—tu historia me parece más grave que la mía. ¿Sepamos? ¿qué has averiguado? Empezá tú.

Contóle Saint-Julien palabra por palabra todo lo que acababa de oír.

—Eso no me dice nada nuevo—dijo el paje;—yo sé muy bien todo lo que se cree de la desaparición de Max y veo que esos hombres no están mejor informados que nosotros. Por lo que hace á los proyectos del duque de Gurck y de su soberano, voy á explicártelos de pe á pa: escucha. El diminuto principado de Montereale que tenemos la incomparable ventura de ocupar bajo las augustas leyes de nuestra idolatrada soberana...

—Al grano, al grano.

—Acabo de oír hablar de diplomacia y no puedo expresarme en otros términos. Este reducido principado, pues, como te iba diciendo, aunque metido como un diamante entre las montañas del Tirol, ha tenido el honor de llamar la atención de un vecino poderoso que para nada le quiere, pero que, no sabiendo sin duda cómo recompensar á alguno de sus validos, ha pensado naturalmente en gratificarle con la susodicha joya: con este objeto ha enviado aquí al conde de Steinach, hombre irresistible de profesión, que debe subyugar á la princesa, casarse con ella y ser nada menos que nuestro augusto soberano. Por otra parte, otro vecino no menos poderoso quisiera hacer entrar en no sé qué alianza ofensiva ó defensiva á todos los soberanelos del estado lombardo. Sabiendo que nuestra Quintilia es sin disputa mujer de carácter, y que no deja de tener cierta influencia sobre sus vecinos, ha destacado con el objeto de que frustre los planes del conde de Steinach, cuyas opiniones no están de acuerdo con las suyas, al inimitable duque de Gurck y á su escudero el profundo Shrabb. Estos dos héroes deben, el

uno con su arrogante figura, el otro con su mágica elocuencia, apartar á la princesa de toda alianza que no sea la de su señor. Resumiendo, pues, esta importante complicación, te anuncio que su Alteza, objeto de estas gigantescas empresas y de estas graves complicaciones, se halla colocada entre dos fuegos, el conde de Steinach y el duque de Gurck; que ambos aspiran á la suprema dicha de ser sus íntimos amigos, lo que prueba que no has escogido el momento más oportuno para hacer tu declaración en forma...

—¿Pero cómo diablo—dijo Luís procurando disimular su despecho—te has compuesto para descubrir todas esas cosas?

—Me han seducido.

—¿Cómo?

—Me he vendido.

—¿Qué quiere decir eso?

—Eso quiere decir que he aparentado venderme. He charlado á diestro y siniestro con el paje del conde Steinach, le he inspirado confianza, le he metido en ganas de hablar y le he hecho decir cuanto me hacía falta saber para adivinar lo demás. En seguida, he mostrado la más alta admiración á la cabellera y vuelos del conde, me he hecho pasar por hombre enamorado de su uniforme, fascinado por el mérito superior de su figura, animado de los más vivos deseos de emplearme en su servicio y de acatarle como á soberano, etc., etc. De tal suerte que el paje, encantado de verme tan en los intereses de su amo y suponiéndome de mucho más influjo con la princesa del que realmente tengo, debe presentarme al conde mañana mismo y ofrecerle mi poderosa cooperación para el logro de sus proyectos. ¡Gracias á Dios que ya voy á hacer mi papel de paje tal cual nos le pintan las crónicas, los dramas, los romances y novelas! Ya voy en fin á llevar amorosos billetitos de un amartelado caballero, á cantar sus trovas á los pies de mi soberana, á ensalzar su pujanza en las lides! ¡Oh y cuál voy á reirme de todos ellos! ¡Manos á la obra! Amigo mío, haz tú por ser el corre-vé-y-dile del duque y no nos faltará diversión.

—Yo no tengo gracia para fingir—dijo Luís;—además, dices que te has vendido...

—Poco á poco, entendámonos. El paje me ha prometido montes de oro de parte del conde, y aunque he fingido acep-

tar, no soy italiano hasta ese punto; mañana sin ir más lejos debo recibir un soberbio caballo andaluz que mostré deseos de poseer: ciertamente se lo devolveré al conde apenas haya logrado desbaratar todos sus planes matrimoniales, pero cuando él vuelva á verle el pelo, estará el pobre animal tan traído y llevado, que no le será fácil llegar desde las cuadras del conde al matadero.

—¡Pero esa historia de Max!—dijo Saint-Julien con aire pensativo.

—¡Siempre con tus ideas lúgubres á vueltas! Eres la murria personificada... Ea, basta de conversación, ande por hoy la broma y mañana será otro día.